



Desafíos en el ámbito interno

Norman Pino De Lion*

WORLD VISION

Los riesgos que enfrenta la democracia pueden tener diversos orígenes y adoptar variadas modalidades, pero muchas veces provienen precisamente de los regímenes políticos que más alarde hacen de defenderla, los cuales degradan deliberadamente las instituciones democráticas, soslayan o simplemente ignoran los controles y contrapesos sobre las acciones gubernamentales, y se convierten así en una grave amenaza para la salud del sistema democrático, al adoptar una conducción autocrática y discrecional de los asuntos públicos en desmedro de los principios democráticos y las libertades individuales universalmente aceptados. Las próximas líneas pretenden dar una rápida ojeada a algunos de los peligros que enfrenta nuestra democracia: la corrupción, la deficiente educación ciudadana, el deterioro de la confianza en los partidos políticos, y el ineludible papel del petróleo.

CORRUPCIÓN

Los regímenes de corte autocrático, que destacan por su poco respeto y manifiesto desdén por la democracia y las normas de una convivencia civilizada, tienden a alinearse ideológicamente y asociarse entre sí, creando alianzas y relaciones de diversa naturaleza. Pero tales alianzas y relaciones terminan siendo, por lo general, de poco provecho efectivo para los países “beneficiarios”, en especial cuando se trata de emprendimientos comerciales

o industriales, ya que no están sustentados en genuinos intereses de esa naturaleza y su esencia y objetivos son más bien meramente ideológicos y geopolíticos.

En nuestro caso, las dos últimas décadas dan fe de los innumerables emprendimientos industriales, agroindustriales o comerciales (catalogados frecuente y pomposamente como “estratégicos”) que nunca avanzaron más allá de la colocación de una primera piedra y que jamás llegaron a producir nada concreto, alimentando con ello el descontento popular con los gobernantes de turno, incrementando la desconfianza entre gobernados y gobernantes, y malversando al mismo tiempo ingentes recursos financieros, que bien podrían haberse destinado a mejorar las menguadas condiciones de vida de la población.

La larga lista de obras públicas dispersas en nuestra geografía, muchas de ellas abandonadas a medio comenzar o nunca terminadas, es un triste recordatorio y testimonio de una extendida cultura de la corrupción, donde los gobernantes y sus amigos cercanos se sienten con derecho a sacar provecho sin el más mínimo recato, por la sencilla razón de que se saben inmunes. Casi nunca se conocen las verdaderas motivaciones para acometer esas “inversiones”, tampoco si ha habido control alguno sobre los desembolsos para su realización, y con frecuencia se manejan con un alto grado de discrecionalidad, lo que no hace más que acrecentar las dudas sobre sus verdaderos

... muchos de los partidos políticos tienen también la tarea pendiente de democratizar sus actuaciones, para permitir la plena participación y el ascenso de nuevas generaciones de dirigentes y promover la interacción con los ciudadanos y los representantes de la sociedad civil.

propósitos. Ese comportamiento no hace sino alimentar la opinión extendida de que cualquier emprendimiento que inicie el gobierno de turno no es sino otro negociado más, de donde solo salen beneficiados unos pocos involucrados en su ejecución, sin provecho alguno para las grandes mayorías, con lo cual se alimenta la percepción de que la corrupción es algo consustancial con el gobierno y en cierto modo hasta inevitable.

La corrupción, entendida esta como la malversación y la apropiación indebida de los fondos públicos, constituye así un poderoso destructor de la democracia, no solo por las oportunidades perdidas al no haber invertido eficientemente dichos fondos en la mejora de la calidad de vida de los ciudadanos y el fomento de oportunidades para su desarrollo, sino además porque estas prácticas nefastas generan en la ciudadanía un profundo sentimiento de desconfianza hacia la clase dirigente y los gobernantes.

PÉRDIDA DE CONFIANZA EN LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Si a ello sumamos la impunidad que rodea prácticamente a una gran parte de los casos de malversación de los fondos públicos, cuando no de descarado latrocinio, no es difícil concluir que la necesaria confianza que el ciudadano debería tener en sus gobernantes termina convertida en añicos con cada nuevo caso de corrupción, que de paso es ignorado indefectiblemente por las instituciones llamadas a controlar los gastos gubernamentales.

Visto así, recuperar la confianza en nuestros representantes políticos como elemento esencial de una sana vida democrática parece ser una tarea hartamente difícil, si no claramente imposible en las actuales circunstancias, tras más de dos décadas de descalabros, retrocesos y destrucción del Estado de derecho. Para los partidos políticos, entendidos como sitios de encuentro y generación de consensos, constituye una tarea insoslayable y hasta de supervivencia recuperar esa confianza perdida. Sin embargo, la defensa y promoción de la democracia debe comenzar con el ejemplo y por casa; en ese sentido, muchos de los partidos políticos tienen también la tarea pendiente de democratizar sus actuaciones, para permitir la plena participación y el ascenso de nuevas generaciones de dirigentes y promover la interacción con los ciudadanos y los representantes de la sociedad civil.

Frecuentemente se mantiene como axioma que los partidos políticos constituyen la base fundamental de la democracia y que

esta no puede existir sin aquellos, en vista de que encarnan el consenso indispensable de la población para conciliar las diferentes aspiraciones y formas de pensar y de conducir su destino común. Vistos así, los partidos políticos deberían servir de hilo conductor entre los gobernados y el gobierno, a través de los dirigentes y líderes políticos electos para representarlos. Sin embargo, la decadencia de los partidos políticos, producto entre otras razones de la frustración y el descontento de los ciudadanos con la dirigencia, así como el consecuente divorcio cada vez mayor entre esta y los ciudadanos, se convierte en una poderosa arma de autodestrucción del propio sistema democrático, dando lugar a una creciente crisis de confianza que afecta a las bases del sistema de partidos, y por ende a la democracia misma.

EDUCACIÓN CIUDADANA DEFICIENTE

Pasando a otro aspecto de las amenazas a la democracia y su defensa a largo plazo, es necesario resaltar el importante papel y responsabilidad que tiene la educación en el fomento y desarrollo de la democracia, pues resulta evidente que existe una relación directa entre los altos niveles de educación de una población y la fortaleza de su sistema democrático. Como quiera que la democracia no es algo inmutable que heredamos de nuestros antepasados y es por sobre todo una tarea de carácter permanente, una educación para la democracia debería observar un indeclinable compromiso con aquellos valores, derechos y obligaciones que fomenten y perfeccionen la convivencia democrática entre los ciudadanos dentro de un Estado de derecho y libertades.

Pero ¿estamos educando realmente a nuestros hijos para ser los ciudadanos cada vez más democráticos que las circunstancias exigen, comprometidos con los valores y principios democráticos universales, para hacerlos conscientes de la fragilidad de sus libertades y derechos, así como de las amenazas que representan las ideologías populistas y autoritarias para la democracia, o estamos simplemente enseñando a votantes medianamente instruidos para que participen regularmente en torneos electorales donde se elige pero no se decide? ¿Estamos educando a ciudadanos conscientes de los principios, deberes y derechos democráticos capaces de defenderlos a través de la efectiva interacción con sus representantes? Tal parece que no es así, y el fraude que ha significado la mal llamada *democracia participativa* lo demuestra tristemente. Los ciudadanos no solo no se sienten

Las cuatro décadas de gobiernos democráticos sembraron en el país, a través del mejoramiento de las condiciones de vida, el desarrollo de la educación y el ejemplo, una conciencia democrática cuya fortaleza y arraigo han impedido un mayor avance del autoritarismo.

ahora representados por los dirigentes políticos a quienes han elegido, sino que solo logran participar cuando votan.

Lamentablemente durante las últimas décadas nuestra sociedad se ha polarizado entre dos bandos aparentemente irreconciliables, dando la impresión de que no está en capacidad de resolver racional y pacíficamente sus diferencias. Nunca como ahora se hace patente que se necesita cada vez más educar para vivir en democracia y para defenderla de los múltiples riesgos que la acechan.

PAPEL DEL PETRÓLEO

Tras el fin de la dictadura de Pérez Jiménez en 1958 y el advenimiento de la democracia, los modestos ingresos petroleros invertidos racionalmente sirvieron de palanca para universalizar la educación, desarrollar la infraestructura física, y fomentar una creciente industria manufacturera, lo cual marcó un salto cuántico respecto de la Venezuela rural de la primera mitad del siglo pasado.

Sin embargo, así como el petróleo se constituyó en motor de la transformación del país durante los cuarenta años siguientes, lastimosamente ha servido también para financiar el desmontaje de las instituciones democráticas, el avance de ideologías ajenas a nuestra idiosincrasia e intereses de los más diversos países, y para alimentar la mayor y más escandalosa corrupción jamás vista en el país. De esta forma, hemos sido testigos de cómo se ha dilapidado la mayor y más larga bonanza de ingresos petroleros de nuestra historia, sin que se haya invertido significativamente en obras de infraestructura o en el mantenimiento de la existente, todo ello acompañado de los más altos niveles de endeudamiento externo de nuestra historia.

Los ingentes recursos financieros generados por el petróleo se convirtieron así en el sustento de la más nefasta experiencia populista, al tiempo que toda una maraña de políticas y decisiones erradas acabaron prácticamente con el emprendimiento privado y convirtieron a un país pujante, con considerables expectativas de progreso y crecimiento, en uno de los países más pobres del hemisferio.

Pero el deterioro no ha sido solo material, la ruina de nuestro sistema democrático de gobierno no tiene parangón en el continente, a menos que nos comparemos con Cuba o Nicaragua. La sistemática destrucción institucional del país para tratar de sustituir el Estado de derecho desarrollado durante décadas por un Estado comunal o socialista, que nadie quiere ni comparte, ha hecho que avancemos cada

día más hacia un Estado fallido, con el dudoso honor de ostentar la inflación más alta del mundo, incapaz de controlar la presencia y acciones de diferentes bandas armadas de diferente orientación y propósitos dentro de su territorio, de proveer los servicios básicos que requiere su población, y de cubrir, en fin, sus necesidades alimentarias, aunque muy eficaz al momento de acallar el derecho a la protesta y de suprimir las voces de la prensa en aras de una aberrante hegemonía comunicacional.

Pero ¿acaso tiene la culpa el petróleo del deterioro de la democracia?, ¿no deberíamos más bien poner la carga de la culpa sobre los hombros de los gobernantes que se dedicaron a destruir lo existente, sin construir nada nuevo, y a convertirnos en uno de los países con los peores índices de desarrollo en el mundo, con el sistema democrático más deficiente y la peor calificación en cuanto a la observancia de los derechos humanos, todo lo cual ha resultado en una diáspora sin precedentes en la historia del continente?, ¿o tendríamos que concluir que los ciudadanos no hemos estado a la altura de las circunstancias, no éramos tal vez totalmente conscientes de los peligros a los que nos conducían, y no estábamos, en fin de cuentas, preparados para enfrentar el enorme desafío de salvar la democracia del avance del autoritarismo?

Las cuatro décadas de gobiernos democráticos sembraron en el país, a través del mejoramiento de las condiciones de vida, el desarrollo de la educación y el ejemplo, una conciencia democrática cuya fortaleza y arraigo han impedido un mayor avance del autoritarismo. Las multitudinarias y persistentes manifestaciones populares de rechazo a las políticas del régimen a lo largo de las últimas dos décadas así lo demuestran. Aunque hayan sido sofocadas a sangre y fuego, existen sobradas señales de que el espíritu de convivencia democrática sigue estando vivo y que rechaza consistentemente el recurso a la violencia como forma de lucha política, así como demuestra su inquebrantable anhelo de dirimir las diferencias a través de la más democrática de las vías: el voto popular.

*Internacionalista (UCV). Maestría del Colegio de México. Diplomático de carrera. Director general de Economía y Cooperación Internacional del Ministerio del Poder Popular para Relaciones Exteriores (MPPRE). Fue embajador de Venezuela en Arabia Saudita y en los Países Bajos.